Después del Cabildo

Ha pasado menos de un año desde el 25 de mayo de 1810, Moreno, el del Plan de Operaciones, el traductor de Rousseau, para muchos el Robespierre, el jacobino irreductible de la revolución, ha partido a Europa y al muere. Pero quedan muchos de sus partidarios: Posadas, yerno y primo de French que comanda su regimiento de la Estrella; Beruti, su mejor amigo y segundo jefe, que aún no se ha alistado en el Ejército de los Andes (encontrará, como subjefe del Estado Mayor, la gloria en Chacabuco). Queda *La Gazeta* y el grupo de civiles que han formado una Sociedad en el Café de Marcos. Saavedra ha pedido los estatutos y los ha aprobado. Mientras tanto, parece haber aprendido de las puebladas que obligaron, con French y Beruti a la cabeza (cada uno de ellos ha firmado "Por mil y por seiscientos" en el pergamino que circulaba por la Plaza Mayor). Y el entonces virrey declarará en España, en su descargo, que fue obligado por "Los chisperos o manolos * de French y Beruti". La escena que se describe a continuación ocurre el 6 de abril de 1811.

* *Patoteros.*

MARTELLI



Presentación de Guillermo Piro

Por J. C. Martelli

TR



Ya había dos partidos enfrentándose, dos posiciones, dos posturas. Saavedra, como siempre, decidió o aceptó ceder, adulando a la Sociedad "animada por los mismos nobles sentimientos que el Pueblo de Buenos Aires".

Preparaba el príncipe (como lo llamaba Beruti) su astutísimo contragolpe. Había aprendido de nosotros, durante la semana de mayo. Había aprendido mucho más de lo imaginable. Sin que lo supiéramos, convocó al fuerte al coronel (mi viejo enemigo) Martín Rodríguez, al ignoto doctor Joaquín Campana y al alcalde de las Quintas, al dueño de los suburbios, tal vez demasiado abandonados por Beruti y por mí, don Tomás Grigera. Se aproxima, les dijo, una revolución que será tan prestigiosa como la de Mayo. El doctor Campana juntó firmas, bastante ignotas, por cierto, para el documento de reclamos a la Junta.

El 5 de abril, sigilosamente, pasadas las once de la noche, comenzaron a congregarse en los Corrales de Miserere los vagos asesinos reclutados por Grigera. A esa misma hora, por orden de Saavedra, se reunían los cabildantes y la Junta en el Cabildo y no en el Fuerte. Y en ese mismo instante, todo tan bien coordinado, los regimientos de Patricios, Pardos y Morenos, Arribeños, Artillería y Granaderos de Fernando VII°, encabezados por los Húsares, al mando todos de Martín Rodríguez, se dirigieron, armados y amunicionados a apoyar, supuestamente, a todos los alcaldes y tenientes de barrio.

Informado por algunos adeptos de la invasión que venía de los Corrales, me dirigí al Cabildo para entrevistar a Saavedra, dejando en guardia a todo el regimiento de la Estrella en la Plaza Mayor, al mando de Beruti. Quise, tardíamente, eran las diez de la noche, pesar con mis pocas fuerzas. Me dirigí a una salita, al costado del salón donde los conspiradores se habían juntado y pedí a un ujier que anunciara, en secreto, al presidente Saavedra que el coronel French deseaba una entrevista con carácter de extrema urgencia.

Me senté en un sillón de terciopelo rojo en esa estancia apenas iluminada. Sería una reunión en penumbras. Quince minutos después, entró Saavedra. Yo no me había quitado la capa negra que cubría mi uniforme, mi espada, mi revólver. El estaba de uniforme, como siempre, pero desarmado. Se quedó, una vez cerrada la puerta, parado, mirándome con su característica insolencia. Me pareció que sonreía. Y que su lenguaje, una vez que me paré e hice la venia, fue ambiguo, al menos, al principio.

–Me parece que ha llegado un poco tarde, coronel.

–Si no es tarde para usted, para la Junta y para el Cabildo, no es tarde para mí, señor presidente.

–Un poco demasiado tarde, coronel, demasiado tarde para usted y los suyos. Me han informado que su infortunado regimiento ocupa la plaza.

–En prevención de disturbios, señor presidente. Desde los corrales de Miserere avanzan civiles de la peor calaña y armados.

–El pueblo quiere peticionar. Así tengo entendido, al menos.

–¿Sabe usted lo que pretenden esos vagos?

–Algo sé. ¿Y cómo oponerse a la soberanía del pueblo, y a la voluntad de apoyarlo que tienen las fuerzas armadas, menos su regimiento, coronel?

–Seré franco, señor. Mi regimiento actuará si yo no regreso en, más o menos, media hora.

–De nada le sirve su franqueza, coronel, puede retirarse ahora mismo. Mañana será citado por la Junta, una vez sabido lo que el Pueblo desea. Marchan hacia aquí el resto de las fuerzas de la patria, comandadas por suex jefe, don Martín Rodríguez. Le ruego que salga y devuelva sus hombres a los cuarteles.

–Señor, si ellos lo desean...

–El pueblo desea. Los militares obedecen.

–Que yo sepa, señor, aún viajando, el doctor Moreno sigue siendo Comandante General de Armas.

–Adiós, French. Creo que mañana no tendrá ni siquiera ese grado militar. Como amigo, le sugiero que usted y el teniente

Por J. C. Martelli

TRECE

Ya había dos partidos enfrentándose, dos posiciones, dos posturas. Saavedra, como siempre, decidió o aceptó ceder, adulando a la Sociedad "animada por los mismos nobles sentimientos que el Pueblo de Buenos Aires".

Preparaba el príncipe (como lo llamaba Beruti) su astutísimo contragolpe. Había aprendido de nosotros, durante la semana de mayo. Había aprendido mucho más de lo imaginable. Sin que lo supiéramos, convocó al fuerte al coronel (mi viejo enemigo) Martín Rodríguez, al ignoto doctor Joaquín Campana y al alcalde de las Quintas, al dueño de los suburbios, tal vez demasiado abandonados por Beruti y por mí, don Tomás Grigera. Se aproxima, les dijo, una revolución que será tan prestigiosa como la de Mayo. El doctor Campana juntó firmas, bastante ignotas, por cierto, para el documento de reclamos a la Junta.

El 5 de abril, sigilosamente, pasadas las once de la noche, comenzaron a congregarse en los Corrales de Miserere los vagos asesinos reclutados por Grigera. A esa misma hora, por orden de Saavedra, se reunían los cabildantes y la Junta en el Cabildo y no en el Fuerte. Y en ese mismo instante, todo tan bien coordinado, los regimientos de Patricios, Pardos y Morenos, Arribeños, Artillería y Granaderos de Fernando VIIº, encabezados por los Húsares, al mando todos de Martín Rodríguez, se dirigieron, armados y amunicionados a apoyar, supuestamente, a todos los alcaldes y tenientes de barrio.

Informado por algunos adeptos de la invasión que venía de los Corrales, me dirigí al Cabildo para entrevistar a Saavedra, dejando en guardia a todo el regimiento de la Estrella en la Plaza Mayor, al mando de Beruti. Quise, tardíamente, eran las diez de la noche, pesar con mis pocas fuerzas. Me dirigí a una salita, al costado del salón donde los conspiradores se habían juntado y pedí a un ujier que anunciara, en secreto, al presidente Saavedra que el coronel French deseaba una entrevista con carácter de extrema urgencia.

Me senté en un sillón de terciopelo rojo en esa estancia apenas iluminada. Sería una reunión en penumbras. Quince minutos después, entró Saavedra. Yo no me había quitado la capa negra que cubría mi uniforme, mi espada, mi revólver. El estaba de uniforme, como siempre, pero desarmado. Se quedó, una vez cerrada la puerta, parado, mirándome con su característica insolencia. Me pareció que sonreía. Y que su lenguaje, una vez que me paré e hice la venia, fue ambiguo, al menos, al principio.

–Me parece que ha llegado un poco tarde, coronel.

–Si no es tarde para usted, para la Junta y para el Cabildo, no es tarde para mí, señor presidente.

–Un poco demasiado tarde, coronel, demasiado tarde para usted y los suyos. Me han informado que su infortunado regimiento ocupa la plaza.

–En prevención de disturbios, señor presidente. Desde los corrales de Miserere avanzan civiles de la peor calaña y armados.

–El pueblo quiere peticionar. Así tengo entendido, al menos.

–¿Sabe usted lo que pretenden esos vagos?

–Algo sé. ¿Y cómo oponerse a la soberanía del pueblo, y a la voluntad de apoyarlo que tienen las fuerzas armadas, menos su regimiento, coronel?

–Seré franco, señor. Mi regimiento actuará si yo no regreso en, más o menos, media hora.

–De nada le sirve su franqueza, coronel, puede retirarse ahora mismo. Mañana será citado por la Junta, una vez sabido lo que el Pueblo desea. Marchan hacia aquí el resto de las fuerzas de la patria, comandadas por su ex jefe, don Martín Rodríguez. Le ruego que salga y devuelva sus hombres a los cuarteles.

–Señor, si ellos lo desean...

–El pueblo desea. Los militares obedecen.

–Que yo sepa, señor, aún viajando, el doctor Moreno sigue siendo Comandante General de Armas.

–Adiós, French. Creo que mañana no tendrá ni siquiera ese grado militar. Como amigo, le sugiero que usted y el teniente coronel Beruti viajen a alguna parte, como el doctor Moreno. Ni yo ni usted tenemos tiempo. Evite la sangre, French. El pueblo lo cercará por un lado; el ejército, por el otro. Regrese a sus cuarteles y preséntese mañana a las diez de la mañana para recibir órdenes en el Fuerte. Adiós, French, no espere que le dé la mano, no corresponde de un superior a un subordinado rebelde.

Se dio vuelta y cerró tras sí la puerta. Cuando bajé, Beruti me propuso incendiar de inmediato el Cabildo. Le dije que no haría nada que la Historia, ni el verdadero Pueblo –sabe Dios dónde estaba el verdadero Pueblo– pudiera reprocharme. Respondió:

–Te arrepentirás, Domingo, y yo también, por no rebelarme a un jefe que es mi amigo. Vete. Yo llevaré las tropas al cuartel.

El día siguiente, el 6, a las 10 de la mañana recibí orden de presentarme en la fortaleza (así había Saavedra rebautizado al Fuerte). Me acercaba cuando unos treinta arribeños me rodearon y me mostraron una orden de detención; debía acompañarlos a sus cuarteles. Alguna gente amiga protestó y trató de impedir ese abuso. Los calmé: "Conciudadanos, como soldado, obedezco".

En el cuartel de Arribeños, me llevé una verdadera sorpresa. Ya estaban detenidos allí Beruti, el presbítero Vieytes y Donado. El infame Grigera estaba esperando mi llegada para leer el decreto de destierro de todos nosotros a Carmen de Patagones. "Estupendo y bien combinado desparramo de facciosos, le escribió Posadas a mi mujer, su hermana. Azcuénaga y yo a Mendoza, tu marido, Agustín Donado, Beruti y Vieytes, al Sur. Guandacol, donde fue Rodríguez Peña; San Juan, donde estuvo don Juan Larrea; Santa Fe, donde fue un tal Cardozo y los cuarteles de Buenos Aires, donde quedarían presos ciudadanos menos peligrosos y algunos sacerdotes arrestados. ¡Qué arbitrariedad y qué despotismo, en nombre del rey Fernando, como despachaba la Junta!. Así hace política Saavedra: toda la oposición al ostracismo".

Supimos por el mismo Grigera que no se nos iba a embarcar hasta Carmen de Patagones. Iríamos por tierra, con unos quince arribeños de custodia. Supimos de inmediato que Saavedra se lavaba las manos. Si los indios nos lanceaban, no sería culpa de nadie. Ni suya, ni nuestra. Nadie había inventado a los salvajes que dominaban el sur. No contó, sin embargo, con la astucia de Vieytes cuando fuimos presentados al sargento mayor Asuncio, que sería nuestro guardián:

–Dada mi calidad de religioso, sargento mayor, le rogaría pueda otorgar la extremaunción a usted y sus hombres. Los caballeros, mis amigos, ya la han recibido, sabiendo que al sur del sur nos espera la muerte.

–No tengo órdenes al respecto, señor. ■

RECE



coronel Beruti viajen a alguna parte, como el doctor Moreno. Ni yo ni usted tenemos tiempo. Evite la sangre, French. El pueblo lo cercará por un lado; el ejército, por el otro. Regrese a sus cuarteles y preséntese mañana a las diez de la mañana para recibir órdenes en el Fuerte. Adiós, French, no espere que le dé la mano, no corresponde de un superior a un subordinado rebelde.

Se dio vuelta y cerró tras sí la puerta. Cuando bajé, Beruti me propuso incendiar de inmediato el Cabildo. Le dije que no haría nada que la Historia, ni el verdadero Pueblo –sabe Dios dónde estaba el verdadero Pueblo– pudiera reprocharme. Respondió:

–Te arrepentirás, Domingo, y yo también, por no rebelarme a un jefe que es mi amigo. Vete. Yo llevaré las tropas al cuartel.

El día siguiente, el 6, a las 10 de la mañana recibí orden de presentarme en la fortaleza (así había Saavedra rebautizado al Fuerte). Me acercaba cuando unos treinta arribeños me rodearon y me mostraron una orden de detención; debía acompañarlos a sus cuarteles. Alguna gente amiga protestó y trató de impedir ese abuso. Los calmé: "Conciudadanos, como soldado, obedezco".

En el cuartel de Arribeños, me llevé una verdadera sorpresa. Ya estaban detenidos allí Beruti, el presbítero Vieytes y Donado. El infame Grigera estaba esperando mi llegada para leer el decreto de destierro de todos nosotros a Carmen de Patagones. "Estupendo y bien combinado desparramo de facciosos, le escribió Posadas a mi mujer, su hermana. Azcuénaga y yo a Mendoza, tu marido, Agustín Donado, Beruti y Vieytes, al Sur. Guandacol, donde fue Rodríguez Peña; San Juan, donde estuvo don Juan Larrea; Santa Fe, donde fue un tal Cardozo y los cuarteles de Buenos Aires, donde quedarían presos ciudadanos menos peligrosos y algunos sacerdotes arrestados. ¡Qué arbitrariedad y qué despotismo, en nombre del rey Fernando, como despachaba la Junta!. Así hace política Saavedra: toda la oposición al ostracismo".

Supimos por el mismo Grigera que no se nos iba a embarcar hasta Carmen de Patagones. Iríamos por tierra, con unos quince arribeños de custodia. Supimos de inmediato que Saavedra se lavaba las manos. Si los indios nos lanceaban, no sería culpa de nadie. Ni suya, ni nuestra. Nadie había inventado a los salvajes que dominaban el sur. No contó, sin embargo, con la astucia de Vieytes cuando fuimos presentados al sargento mayor Asuncio, que sería nuestro guardián:

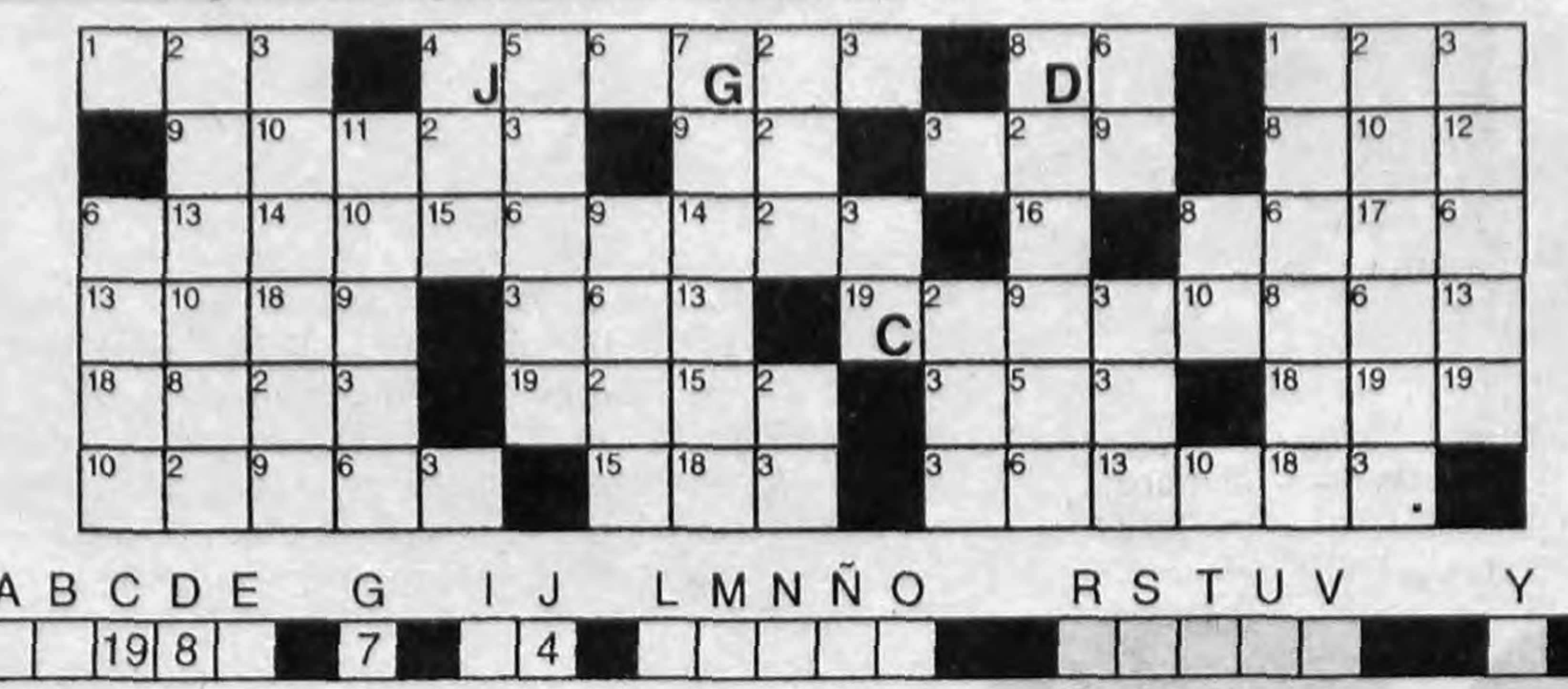
–Dada mi calidad de religioso, sargento mayor, le rogaría pueda otorgar la extremaunción a usted y sus hombres. Los caballeros, mis amigos, ya la han recibido, sabiendo que al sur del sur nos espera la muerte.

–No tengo órdenes al respecto, señor. ■



Criptofrase

Tomando una letra por columna, descubra en cada tablero cinco palabras del tema indicado. Una palabra no puede tener dos o más letras extraídas de una misma fila.



A B C D E G I J L M N Ñ O R S T U V Y

Señoras fetichistas

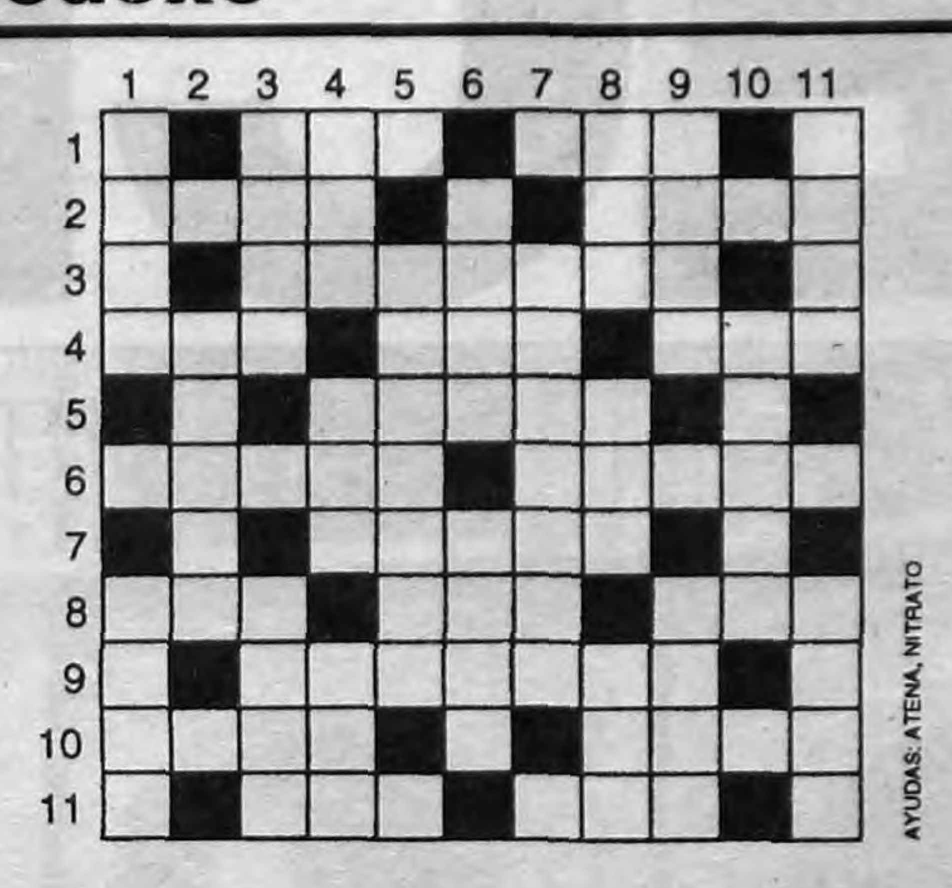
Es sabido que en estos tiempos la posesión de objetos despierta pasiones. Hace poco hubo el caso de un conde que tenía en el sótano de su casa veintisiete millones de escarbadientes acumulados. Los casos que le presentamos a continuación no son tan contundentes, pero no tienen mucho que envidiarle.

1. Agripina lleva juntadas 2.500 golosinas.
2. La señorita que recolecta en Japón supera en su colección a Dalia.
3. "¿Fetichista yo?", reaccionó violentamente Beba, mientras guardaba sus 2.000 lapiceras, que no son de Cuba.
4. Elida acaba de llegar de la India, y no habiendo traído fósforos precisamente.
5. "¡Tengo 3.500!", gritó Claudia, y se largó a llorar.
6. En Rusia, a causa de una de estas señoras, están escaseando las estampillas.

		JUNTA					DE					CANTIDAD				
		Billetes	Estampillas	Fósforos	Golosinas	Lapiceras	Cuba	España	India	Japón	Rusia	2.000	2.500	3.000	3.500	4.000
SEÑORA	Agripina															
	Beba															
	Claudia															
	Dalia															
	Elida															
CANTIDAD	2.000															
	2.500															
	3.000															
	3.500															
	4.000															
DE	Cuba															
	España															
	India															
	Japón															
	Rusia															

SEÑORA	JUNTA	DE	CANTIDAD

Ortodoxo



HORIZONTALES

1. Pronombre relativo./ Voz semítica que significa "hijo".
2. Pieza de artillería de menor alcance que el cañón./ En contabilidad, columna opuesta al haber.
3. Provocar la ionización.
4. Sur./ Acudirá./ Metal precioso.
5. Diosa griega.
6. Cambiar de orientación en las ideas o conductas./ Relativo a la ciudad.
7. Pasar rozando ligeramente.
8. Patada./ Sobrenombre del senador norteamericano Kennedy./ Apócope de Joseph.
9. Terminado, consumido.
10. Lente de aumento./ Volcán italiano.
11. Año geofísico internacional./ Organo locomotor de las aves.

VERTICALES

1. Atoes./ Flor blanca ornamental.
2. Juntado.
3. Esencia o motivo de una cosa./ Pala de los zapadores.
4. Moda./ Río de Suiza, afluente del Rin./ Efecto cómico visual.
5. Sal del ácido nítrico.
6. Expresaré algo con palabras./ Valla vegetal.
7. Paso muy largo, tranco.
8. Nombre de mujer./ (... France) Empresa de aviación./ Contracción.
9. (Franco) Actor y director del cine italiano./ Nombre de una consonante.
10. Comarca gobernada por un rey.
11. Producto de la concepción antes del parto./ Disponer las eras en el huerto.

Soluciones

Ortodoxo



Criptofrase

"Los juegos de los niños no son divertimentos y deberían ser considerados como sus acciones más serias." Montaigne

Señoras fetichistas

Agripina, golosinas, Cuba, 2.500
Beba, lapiceras, España, 2.000
Claudia, fósforos, Japón, 3.500
Dalia, estampillas, Rusia, 3.000
Elida, billetes, India, 4.000